



MALA SUERTE

pseudonymous
bosch

LIBROS PELIGROSOS

LA MALA SUERTE

LIBROS PELIGROSOS

pseudonymous bosch

MALA SUERTE

LIBROS PELIGROSOS

Traducción de
Adolfo Muñoz

ANAYA

Título original: *Bad Luck*

1.^a edición: octubre de 2018

© Pseudonymous Bosch, 2016
© De la traducción: Adolfo Muñoz García, 2018
© Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-4718-3
Depósito legal: M-20009-2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

Capítulo 1: En el punto de reunión	11
Capítulo 2: Capturar la nieblánica	24
Capítulo 3: Encallado en la arena	43
Capítulo 4: El arco iris	57
Capítulo 5: El anuncio	67
Capítulo 6: La huella	71
Capítulo 7: SOS	86
Capítulo 8: Desaparecido	101
Capítulo 9: Atrapados	115
Capítulo 10: Bajo tierra	126
Capítulo 11: Resuello primal	132
Capítulo 12: Las ruinas	143
Capítulo 13: Amber	151
Capítulo 14: Lo que duerme un dragón	164
Capítulo 15: ¡BUUUM!	173
Capítulo 16: Hacia arriba	192

Capítulo 17: Accidentado aterrizaje	208
Capítulo 18: El Titanic contra Godzilla	214
Capítulo 19: Un tipi atípico	225
Capítulo 20: ¡Ahora lo veis, y ya no lo veis!	237
Capítulo 21: Llaves para fugas	249
Capítulo 22: Hundido	259
Epílogo	267
APÉNDICES	272

*Para Raphael Simon
(cuyo nombre sigo olvidando)*

«... pero una cosa es leer sobre dragones
y otra encontrárselos».

Ursula K. LE GUIN
Un mago de Terramar

«Y yo añadiría, una cosa es encontrarse dragones
y otra vivir para escribir sobre ellos».

P. BAILEY

Capítulo

1

En el punto de reunión

El Conquista Imperial contaba con cinco piscinas, cuatro gimnasios, un tobogán acuático de tres pisos, una boletería de dos calles, un cine al aire libre, un rocódromo gigante, un minigolf, una heladería, una pizzería, un bar de *sushi*, un puesto de tacos mexicanos, un salón de tragaperras abierto las veinticuatro horas, una pista de baile para menores de dieciocho, un casino para mayores de dieciocho (que era algo laxo al aplicar la limitación de edad), un *spa* con todos los servicios y un centro comercial de lujo de varios pisos, pero hasta el momento lo que más le gustaba a Brett en aquel crucero gigante era el *parfait* de gelatina del puesto de cosas para picar junto a la piscina.

Gelatina con nata montada: esa era la combinación perfecta. Era dulce y ácido, suave y potente. No se podía creer que hubiera vivido doce largos años de su vida sin conocerlo.

Comiendo despacio para que el *parfait* le durara más, Brett deambulaba por entre un mar de personas que tomaban

el sol. Era el único allí que iba completamente vestido, por no mencionar que era el único que llevaba pajarita (en algún momento de sexto, Brett había decidido que la pajarita sería su «marca de la casa») y, como de costumbre, era el receptor de todas las miradas.

Un chico muy bronceado lo señaló:

—¡Eh, pingüino, te has equivocado de crucero...! El polo norte es en dirección contraria.

—Querrás decir el polo sur —respondió Brett sin pensarlo—. En el polo norte no hay pingüinos. Solo... elfos.

«Y la próxima vez, ponte protector solar», pensó. «Pareces un bogavante».

Una mujer lo miró aguzando la vista tras las gafas de sol.

—¿Es usted el camarero? ¿Dónde está lo que he pedido?

—Ni idea —respondió Brett—. ¿No se lo habrá bebido?

«Por cierto, no soy el camarero. Mi padre es el dueño del barco», estuvo a punto de añadir. Pero seguramente ella no se lo habría creído.

Aunque era cierto.

Lo único que quería era volver a su camarote y comerse en paz su *parfait*. ¿Era demasiado pedir? Bueno, tal vez un mordisquito más antes de...

¡BIP! ¡BIP! ¡BIP!

Casi se atraganta al oír la alarma: tres «bips» tan agudos y tan potentes que casi le estalla la cabeza.

Brett bajó la mirada consternado: una babilla de gelatina verde se había depositado en su pajarita. Apenas al-

canzaba a ver debajo de la barbilla, pero se la limpió lo mejor que pudo.

«Les habla la capitana del barco», dijo una voz de mujer por el intercomunicador. La voz tenía un claro acento australiano, le pareció a Brett. Eso era buena señal, pensó. (Australia era donde se encontraba el gran arrecife de coral, y si ella era capaz de traspasar el mayor arrecife de coral del mundo, seguramente sería capaz de navegar por donde quisiera*). Se ruega a todo el mundo que se dirija a su punto de reunión. Se trata solamente de un simulacro...



El punto de reunión que le correspondía a Brett, que era el Casino y Club Nocturno Estrellas Fugaces, se encontraba cinco pisos más abajo. Cuando entró Brett, con su copa de *parfait* aún en la mano, en el escenario se encontraba un integrante de la tripulación que trataba de entretener a la concurrencia con una versión no muy lograda del «Beat It» de Michael Jackson.

El público se divertía abucheándolo.

* De hecho, como estoy seguro de que te explicaría Brett, la gran barrera de coral no es solo un arrecife de coral, sino que es un grupo de arrecifes que constituyen, todos juntos, la mayor estructura del mundo que haya sido construida por organismos vivos. Tan grande que se puede ver desde una nave espacial. O eso dicen. Yo no la he visto nunca desde una nave espacial, solo desde un submarino y, en una ocasión inolvidable, desde el mástil de un catamarán.

—¿Qué pasa, se creen capaces de hacerlo mejor? —preguntó el trabajador, fingiendo que se sentía ofendido—. ¡Bueno, tendrán ocasión de demostrarlo en nuestro concurso de karaoke, que será mañana, justo después del espectáculo de magia!

Con un movimiento de la cabeza, señaló el póster que tenía detrás, en el que aparecía un gran par de orejas de conejo sobresaliendo de una chistera:

AHORA LO VEIS...

¡Y YA NO LO VEIS!

Una noche de Magia y Misterio

Otro miembro de la tripulación, cuya insignia decía «MIGUEL, FILIPINAS», pasó por el escáner la tarjeta de crucero de Brett, y este vio su propia imagen aparecer en una pequeña pantalla, junto con las palabras VIP: ACCESO TOTAL SIN RESTRICCIONES.

Miguel bajó la mirada al corpulento y engalanado niño de doce años que tenía delante. Si sospechó la categoría del niño, no hizo ningún comentario al respecto.

—Me estaba preguntando, Miguel —dijo Brett—, por qué le llamarán a esto sala de reunión. ¿Será porque uno tiene que reunir valor cuando el barco se está hundiendo?

—Lo siento, señor. No tengo ni idea.

Miguel no parecía sentirlo en absoluto. Más bien parecía irritado. A menudo Brett provocaba aquel efecto en la gente, sin saber muy bien por qué.

—Bueno, si yo fuera tú, me enteraría —dijo Brett amablemente—. Al fin y al cabo, estás al cargo de la reunión.

Antes de que Brett encontrara dónde sentarse, se le acercó Brett padre, seguido por Amber, su joven y sonriente prometida.

—¡Hijo! ¿Por qué has tardado tanto? —gritó lo bastante fuerte como para que todo el mundo se volviera—. ¡Menos mal que no era una emergencia de verdad!

Brett se puso colorado de la vergüenza. Parecía que su padre venía directamente de la piscina: llevaba una camisa abierta y uno de esos bañadores suyos que eran un poquito pequeños. Una cadena de oro le colgaba del cuello y se le enganchaba en los pelos del pecho. A su lado, la siempre risueña Amber llevaba ropa de hacer gimnasia, de color amarillo brillante, con unas mallas en las que estaba presente todo el arco iris. Tanto su padre como Amber llevaban el chaleco salvavidas colgado del cuello.

—¿Dónde está tu chaleco salvavidas? No importa... —El padre de Brett se volvió hacia Amber, que estaba ocupada aplicándose una pomada de labios de color fresa a sus ya bastante abrigados labios—. ¿Puedes cogerle uno, princesa?

—Por supuesto, caballero mío.

¿«Caballero mío...»? Eso era todavía peor que lo de «princesa», pensó Brett. ¿No se podían guardar para la intimidad sus nombrecitos cariñosos?

Amber cogió un chaleco de un montón y se lo entregó a Brett:

—Ten, cielo.

—Gracias, el naranja es mi color favorito —dijo, incapaz de suprimir el sarcasmo de su voz. Amber siempre había sido muy agradable con él (incluso demasiado agradable) y, sin embargo, Brett no conseguía que le cayera bien.

El padre de Brett vio la copa de *parfait* que tenía en la mano su hijo.

—¿No tomaste ya uno de esos esta mañana?

—¿Y qué...? Son gratis.

—Eso es lo de menos. Ni siquiera has comido todavía. No me extraña que... —Su padre se quedó callado antes de terminar la frase.

—¿Qué es lo que no te extraña? —preguntó Brett, y pensó—: «Vamos, suéltalo».

—¿Quieres ser como todos esos infelices con sobrepeso que van en este barco? —dijo su padre, bajando la voz. Y esbozó una sonrisa de oreja a oreja en atención a sus compañeros de pasaje.

—Si eso es lo que piensas de ellos, ¿por qué te has comprado este barco? —preguntó Brett, molesto.

El padre se encogió de hombros.

—Porque me gustan las cosas grandes.

—Sí, salvo yo —dijo Brett para el cuello de su camisa.

El cuero cabelludo de Brett padre enrojeció bajo su cabello trasplantado.

—No tiene importancia si me gustas o no —dijo, haciendo esfuerzos por contener la rabia—. Lo que importa es que te gustes tú mismo.

Amber puso una tranquilizadora mano en el hombro de Brett, y otra en el de su padre.

—Lo que tu padre quiere decir es que necesitas cuidarte —le dijo a Brett con una voz dulce y prudente—. En este barco hay muchas actividades diferentes: pilates... aerobio con Jazz... ¿Por qué no pruebas algo de eso? O al menos nada un poco. Tu padre dice que antes nadabas muy bien.

—Sí. Con énfasis en «antes». —Brett no se había quitado voluntariamente la camisa en público desde que tenía diez años. (O, para ser más exactos, desde el día en que Mitch Poll había empezado a reírse de sus «tetitas de chico» en las clases de natación).

Afortunadamente, un pasajero que estaba a su lado les hizo callar con un «Chis». Estaban proyectando un plano del barco en una pantalla que se encontraba sobre el escenario. Los botes salvavidas estaban señalados con círculos rojos.

«En el improbable caso de evacuación, seríamos acompañados hasta lanchas neumáticas. No deben intentar embarcar sin la ayuda de un miembro de la tripulación...».

Acababa de empezar la clase de preparación para emergencias.



El padre de Brett siempre estaba comprando cosas: plataformas petrolíferas, compañías de construcción, equipos deportivos... Aun así, Brett se sorprendió cuando su padre le dijo que había adquirido una línea de cruceros. Que recordara Brett, su padre nunca había mostrado mucho interés en los barcos, ni siquiera en el mar, excepto en el petróleo que podía sacar de debajo de él.

¿Por qué comprar una entera flota de cruceros?

Pero lo que más le había sorprendido fue que su padre quisiera llevarlo a él en un crucero. En los viejos tiempos, cuando su madre seguía viva, habían viajado todo el tiempo, pero su padre ya muy raramente se llevaba a Brett por ahí un fin de semana, no digamos ya la semana entera. Brett sospechaba que podía ser influencia de Amber. A ella podría darle igual lo que le pasara a Brett, pero al menos tenía una clara idea de la manera en la que deben comportarse las familias.

A diferencia de su padre.

«Mi padre me odia», pensaba Brett. «Realmente me odia».

Su padre casi lo había admitido.

Tras dejar la sala de reunión, Brett se vio otra vez en la cubierta de la piscina. Otro *parfait*. Era la única respuesta posible al enorme agujero que se le había abierto en el estómago. Pero cuando llegó al puesto de picoteo, estaba cerrado. Y el mostrador de los postres estaba vacío.

«Esto sí que es una terrible emergencia», pensó.

Mientras Brett pensaba en las posibilidades que le quedaban (¿pizza?, ¿helado?, ¿aquellas cosas retorcidas con

cierto aspecto de cruasán que tenían en el restaurante tahitiano?), vio una puerta abierta junto a la cafetería. Dentro había todo un mundo de brillante acero inoxidable formado por mostradores y frigoríficos, hornos y lámparas. En una esquina, tentando a Brett como un collar de diamantes a un ladrón de joyas, descansaba un expositor de ruedas lleno de *parfaits* de gelatina. Había docenas. De todos los colores. Cada uno de ellos coronado con su guinda marrasquinada roja y brillante.

Echando un breve vistazo al cartelito que decía «SOLO PERSONAL», atravesó la puerta. De todas formas, los *parfaits* eran gratis. Y si lo pillaban... Bueno, su padre era el dueño del barco. Prácticamente, aquello era robarse a uno mismo.

Estaba a medias de su segundo *parfait* (el cuarto si uno cuenta los dos que ya se había comido en lo que iba de día), cuando le llamó la atención un ruido apagado, algo que sonaba a coches atrapados en un embotellamiento, que hacen sonar las bocinas y aceleran los motores. Llegaba del otro lado de una puerta de acero que se encontraba al final de la cocina.

Sobre la puerta había una luz roja intermitente y las palabras «ACCESO RESTRINGIDO».

Normalmente, Brett era un chico bastante prudente. Es verdad que a menudo hablaba sin pensar. Se le daba especialmente mal sujetar la lengua cuando lo acosaban (algo que ocurría dos o tres veces al día); pero cuando se trataba de riesgos serios, digamos que prefería la seguridad del sofá y de una pantalla táctil. Aquel día era distinto.

Tal vez fuera la rabia que sentía contra su padre, o tal vez la gelatina que le corría por las venas, o puede que todo aquel colorante rojo de las cerezas. Fuera cual fuera la razón, Brett se sentía atrevido e imprudente, así que metió en la ranura su tarjeta de acceso total sin restricciones.

Al cruzar la puerta, se encontró ante una escalera que descendía. Al fondo de ella, había una enorme zona de almacenaje (una bodega que habría parecido bastante grande en tierra, no digamos ya en el mar), llena de cajas y banastas de todas las formas y tamaños.

Nada más entrar, Brett identificó la fuente de aquellos sonidos como de tráfico: no eran coches sino animales. Animales vivos: cabras, ovejas, cerdos, pollos... Hasta alguna vaca. Todos estaban apretujados en sus rediles. Parecía como si hubieran metido en el barco una granja entera.

Y olía como tal.

¿Por qué estaban aquellos animales en un crucero? ¿Era una especie de zoo para los niños? ¿Tal vez un *tableau vivant* del Arca de Noé?* Brett no sabía nada de granjas, pero estaba seguro de que los animales no estaban muy contentos.

* Un *tableau vivant* es un «cuadro vivo» en el que actores humanos (o, en este caso, animales) posan sin moverse, representando una escena de la historia, el arte o la literatura. Hace solo un momento, por ejemplo, cuando estaba yo sentado ante mi mesa de trabajo, mirando al vacío con el bolígrafo inactivo en la mano, yo no padecía bloqueo de escritor. Simplemente estaba creando un *tableau vivant* de «L'écrivain au travail», que es, aclaro para los pobrecitos que no entienden el francés, «el escritor trabajando».

Detrás de ellos había un contenedor marítimo de acero oxidado del tamaño de un autobús urbano, con agujeros abiertos a los lados. Junto al contenedor había una fila de extintores, además de una vitrina cerrada llena de armas (armas de electrochoque, arpones, rifles...) suficientes para derribar a una ballena azul o a una manada de elefantes.

No, seguramente no se trataba de un zoo para los niños.

De pronto oyó gente que entraba en la sala, discutiendo.

Tratando de no asustarse, Brett se escondió detrás del contenedor marítimo y se puso a escuchar. Una mujer se quejaba de que la tripulación del barco no estaba conforme con llevar animales vivos en la bodega.

—¡Huelen mal y atraen bichos!

Brett reconoció su voz: era la misma del intercomunicador.

—¡No es asunto suyo, señora! —gruñía un hombre—. Este espacio se encuentra fuera del alcance de todo el mundo, salvo del señor Perry y del personal de la Operación San Jorge.

Brett tragó saliva. El señor Perry era su padre. Y el hombre que estaba hablando parecía Mack, el boxeador que trabajaba como chófer y guardaespaldas de su padre. Brett se asomó por la esquina del contenedor: efectivamente, Mack estaba allí, y también el padre de Brett. (Afortunadamente, su padre llevaba en aquel momento una camisa hawaiana y unos pantalones de color marrón claro. No es que fuera muy elegante, pero Brett prefería

aquel atuendo al bañador). Con ellos caminaba una mujer alta vestida de uniforme.

—Yo soy la capitana del barco, majadero —dijo ella, indignada—. ¡Aquí tengo acceso a todas partes!

—Y yo soy el propietario del barco —le recordó el padre de Brett—. Su jefe.

—Y yo soy responsable de dos mil pasajeros y de mil tripulantes. ¿Qué demonios es esa «Operación San Jorge»?

Brett se escondió del todo. No se podía arriesgar a que su padre lo viera en aquel momento. Ya había recibido aquel día suficientes reproches paternos. La puerta del contenedor estaba abierta, así que se metió dentro.

—¿Qué dem...?

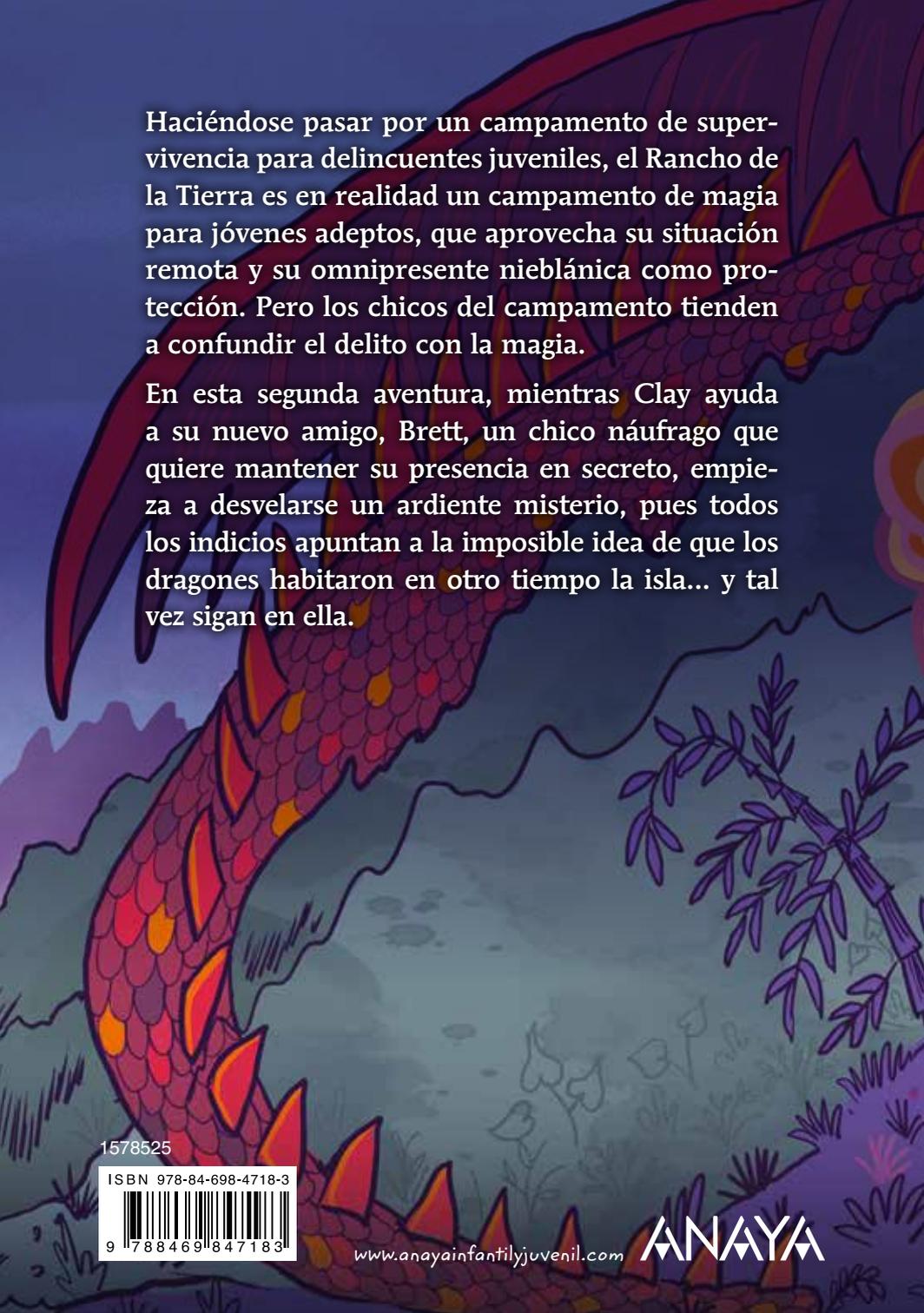
Fijas al suelo, había media docena de cadenas de hierro, unidas a igual número de grilletes. Las cadenas parecían tan pesadas y rudas que al principio Brett pensó que eran falsas. Pensó en el espectáculo de magia que estaba previsto para la noche siguiente. ¿Serían aquellas cadenas atrezo para una escapada estilo Houdini? Tal vez el contenedor entero fuera un escenario de magia: una jaula para la escena.

¿Y tal vez los animales también formaban parte del espectáculo?

Entonces Brett vio el enorme bozal de acero en el suelo. Inclinandose para observarlo mejor, rozó sin querer una de las cadenas, que retumbó contra una pared del contenedor.

«¡Uy!».

Contuvo la respiración. Uno... dos... Contó para sí en silencio, como si estuviera esperando a que explotara una



Haciéndose pasar por un campamento de supervivencia para delincuentes juveniles, el Rancho de la Tierra es en realidad un campamento de magia para jóvenes adeptos, que aprovecha su situación remota y su omnipresente nieblánica como protección. Pero los chicos del campamento tienden a confundir el delito con la magia.

En esta segunda aventura, mientras Clay ayuda a su nuevo amigo, Brett, un chico náufrago que quiere mantener su presencia en secreto, empieza a desvelarse un ardiente misterio, pues todos los indicios apuntan a la imposible idea de que los dragones habitaron en otro tiempo la isla... y tal vez sigan en ella.

1578525

ISBN 978-84-698-4718-3



www.anayainfantilyjuvenil.com

ANAYA